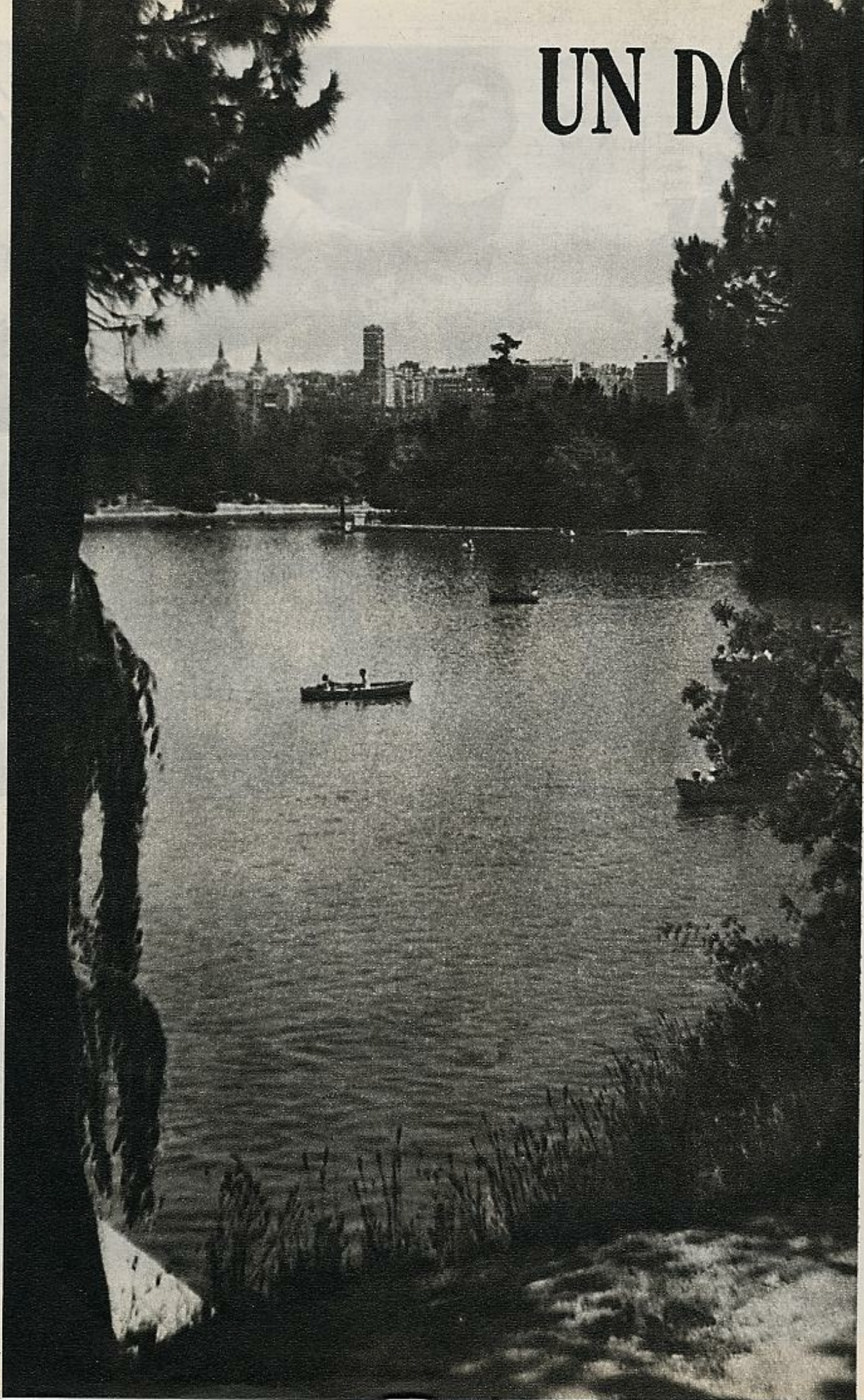


UN DOMIN



GO EN LA CASA DE CAMPO

**miles
de
metros
cuadrados
de zona verde
para
descansar,
para soñar
y para
divertirse**

DOMINGO en la Casa de Campo madrileña. Más de trescientas mil personas escapan de la atmósfera viciada de la ciudad en su día libre de trabajo —ese trabajo que le absorbe toda la semana—, en busca de oxígeno, sombra y descanso.

Pasada la Plaza de España, parece que el aire es más puro. Las personas que bajan la Cuesta de San Vicente, con las bolsas al hombro, sienten ya esa fuerza que les infunde vitalidad. Cuando al anochecer, recorran el camino en sentido inverso, estarán cansadas, quizá sientan dolor en los pies; pero habrán acumulado, entre los árboles, las energías que necesitan para empezar con nuevos bríos la semana.

11 de la mañana

Las gigantescas puertas de hierro que guardan la entrada del parque, comienzan a tragarse grupos de familias, que llegan en constante éxodo. Muchachos con mochilas al hombro. Niños, a hombros de alguna persona mayor. Caminan en grupos compactos, carretera adelante. Van alegres y optimistas, como si no sintieran el peso de sus enormes bolsos. Se oye una canción con nostalgias de pueblos y aldeas perdidos en la complicada geografía española.

Buscan un lugar para acampar. Los alrededores de las fuentes, los bosques de techo cerrado y verde, son los lugares predilectos. Un trago fresco compensa de la larga caminata. Comienza el despliegue de mantas, tarteras, ensaladas en ciernes, garrafas y botellas. Los niños se organizan para jugar. Se sienten más felices sin los vestidos que traían.

Una caravana motorizada —«scooters» en su mayoría, y coches de tipo utilitario— irrumpe en la Casa de Campo. De los transportines sobresale la punta de una toalla rayada. Quizá, unas aletas de goma colgadas a la espalda.

12 del mediodía

Las taquillas de la piscina se han cerrado. El agua verdosa y fresca, y los «solariums» están totalmente invadidos. En las escasas sombras, grupos de jóvenes charlan animadamente. De las bolsas de deportes, extraen paquetes con el consabido bocadillo. En el trampolín, la larga fila de aficionados al salto y a la exhibición, esperan su turno. Ellas, se embadurnan con cremas y aceites —aún tienen la piel blanca—, procurando no manchar el «maillot» recién estrenado.

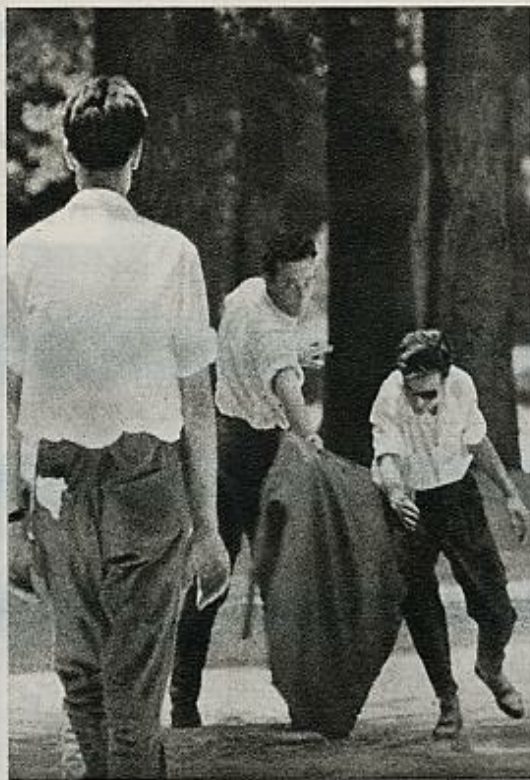
SIGUE



La hora del retorno: se camina lentamente, pisando las sombras y gigantescas de los árboles. Ahora quedan la espera del autobús, las aglomeraciones del Suburbano... o acaso la búsqueda estéril de un taxi



Bajo la sombra grata de los árboles, no puede prescindir de la lectura del periódico



Jugando al toro; preparándose para debutar en una plaza de pueblo. El domingo tiene también sus sueños...



Agua fresca. La fuente, siempre generosa, encuen-

TRESCIENTAS MIL PERSONAS ESCAPAN DEL CALOR Y DISFRUTAN DEL "PARQUE"



No está reñido el confort, ni mucho menos, con el goce de las ventajas naturales que el parque ofrece. Los hay que no desdennan la silla plegable, la revista ilustrada, el libro de cuentos...



Carretera adelante, contagiadas de la fresca alegría que se desprende de la naturaleza, avanzan las familias —los bolsones bien repletos— hacia sus lugares predilectos, dispuestas a compensar seis días de labor en ambientes cerrados



tra entre los niños del domingo sus mejores clientes. En el declive del día, cuando ya el sol se despide, aparecen el cansancio y la sed...

N DE LA CIUDAD Y LIBRE DE MADRID"

Los «hidros» han ido desplazando a las vetustas barcas de remos, pintadas y carcomidas, que yacen, un poco despreciadas, a la orilla del Lago. La «golondrina» repite el eterno paseo, con su carga de pequeños que sueñan hazañas de sabor marinero.

Los quioscos se alinean, bordeando el Lago, de vestidos chillones y rostros brillantes. En las mesas, refrescos, aceitunas con tripa de anchoa, patatas fritas, y el transistor del que escapa una melodía de «twist».

2 de la tarde

Salen con su hatillo rojo. Son torerillos que acarician el sueño del triunfo, sin rechazar la idea de la muerte. Desde el pequeño de doce años, al muchacho un poco achulado, cuya melena roza el cuello de su camisa escocesa. También está el que mira con envidia; el que un día tuvo miedo delante del becerro, y abandonó, con las ilusiones, su esperanza de gloria.

Un velomotor interrumpe la faena. Es un chiquillo que practica en la máquina de algún amigo.

—Despacito—dice el «diestro» al «toro» que le embiste.

La ensalada está lista. La tortilla espera en un plato. También hay filetes empanados. Y ciruelas de postre. Una botella de vino rojo, y pan. Alguien llama a los niños que andan columplándose, entre dos árboles. Se sientan todos en el suelo, formando círculo. Apenas se usa el cubierto. ¡Para eso estamos en el campo!

La comida se prolonga: siempre queda una tartera por abrir.

3 de la tarde

Hace más calor. Un calor que invita a la siesta. Los grupos van quedando callados. Se extienden las mantas en el suelo; sobre ellas, descansan. A lo lejos, un transistor continúa sonando, pero la Casa de Campo se va sumiendo, poco a poco, en la quietud y el silencio.

A esta hora, el sol cae de plano sobre el Lago. Sólo una barca, con dos hombres de torso moreno y desnudo, dibuja un surco en el agua tranquila.

Treinta niñas formadas se dirigen al embarcadero. Dos monjitas vienen con ellas. Es un día de vacación y piensan aprovecharlo. La motora sacude su pereza, y emprende un nuevo paseo.

SIGUE



«¿Te enteras? Con ese barco se podría llegar a América».—«Que no, chica, que no. Papá, que ha viajado mucho, dice que los barcos del mar son muy grandes. Y, además, que no hay ningún árbol en el mar»



Se pueden practicar casi todos los deportes acuáticos. El «velomotor» sin motor de explosión —pues los pedales lo hacen todo— y la barca, son los vehículos náuticos preferidos. Al fondo, perdidos entre los pinares, miles de madrileños respiran hondo para toda la semana

5 de la tarde

Una pareja extranjera, consulta el plano en una encrucijada de caminos. Comienzan a llegar los excursionistas de la tarde. Parejas enlazadas por la cintura; enormes «pandillas» con su tocadiscos de pilas y muchos microsurcos bajo el brazo. Parece que visten uniforme. Ellos, «vaqueros» y camisas de rayas. Ellas, lo mismo pero con sombrero de paja.

7 de la tarde

Con las bolsas vacías, la gente retorna a la urbe. Caminan despacio. Aún es de día, pero les espera la cola de un autobús, o las aglomeraciones de un vagón del metro. Llegarán a sus casas con el tiempo justo de tomar un baño y recoger los trastos. Hay que acostarse pronto. Mañana es lunes...

Una vez en la puerta, algunos tuercen a la izquierda, siguiendo la margen del Manzanares. ¿A dónde van?

Olor a churros, altavoces que retumban en los oídos, ruidos extraños que se mezclan con el pregón de la vendedora de agua.

—Fresquitaa...

En los tenderetes, gallos de cerámica con una inscripción: «Recuerdo de San Antonio», y collares de rosquillas a duro la docena.

En los merenderos, un organillo «a la última» desgrana compases de un cha-cha-cha. Un churumbel —ni siquiera sabe los años que tiene— vende claveles. Un jovencito endomingado, después de elegir con la mirada, abandona su mesa. Es el primero.

—Vida. ¿Vienes a exhibirte conmigo?

Sol **DIÁZ BERRIO** y Mercedes **ARANCIBIA**



NATALIA COMENTA

fiesta benéfica en el retiro

LA condesa de Quintanilla organizó en Florida Park la presentación del nuevo ballet de Alberto Lorca. Reunió Aline al «todo Madrid» —social y artístico— en torno a la pista de Florida, y las ganancias de esa noche tuvieron un bonito fin: costear el veraneo de las niñas pobres de una escuela de Tetuán de las Victorias.

Qué difícil dar nombres de quienes se encontraban allí, príncipes de Hohenlohe, condesa de Yebes, marqueses de Llanzol, duquesa de Andria, vizcondes de Tuy... En una mesa, Carmen y Augusto Algeró —ella sensacionalmente guapa, con traje y abrigo de raso blanco—, Conchita Montes, Edgar Neville, Duarte Pinto Coelho —artífice del recién nacido ballet—, Antonio...

Más allá, Maruja Díaz, con su hermana Emilia y con los señores de Jordán. Emma Penella en otra mesa. Y María Asunción Balaguer, Rosita Segovia, Sofía Morales... Entre los actores, tres famosos: Vicente Parra, Francisco Rabal y Fernando Fernán-Gómez. Un buen trío de nombres, ¿no les parece? Estaba también el italiano Walter Chiari, tostado y solitario. En seguida, el cotillero: «¿Sabes que la otra tarde se le vio en los toros con Ava Gardner? A lo mejor reanudan su antiguo idilio... Como ella está tan triste por no haberse reconciliado con Sinatra durante la última visita de éste a Madrid, hace pocos días...» ¿Cuánto habla la gente! ¿Por qué, de pronto, pensé en el maravilloso lema francés —tenía que ser francés— «Vivir y dejar vivirs...»?

Aline Quintanilla —traje rosa, de gasa— recibió, hasta el último momento, a los que llegaban, y cobró ella misma en la puerta el donativo para sus escuelas pobres. Al fin pudo sentarse en una larga mesa —su mesa—, llena de amigos, y charlar tranquilamente con Lola Flores y Antonio González, con Orietta Geraldine, con los señores de Gamazo...

Las luces se apagaron y hubo silencio. «Lorquianas» —bonito nombre con que ha sido bautizado el nuevo ballet— iba a hacer su primera presentación ante un numeroso y selecto público. Los que habíamos seguido de cerca su formación, sus ensayos, sus preparativos, estábamos nerviosos. Fue un éxito. Se comentaba luego la coreografía moderna, el ritmo trepidante, la sobriedad y la fuerza de los distintos números, el buen gusto del vestuario, la disciplinada actuación de los artistas... Carmen Mora —nervio, gracia, temperamento— triunfó en toda la línea.

En seguida se reclamó la presencia de Lola Flores en la pista para sortear un magnífico abrigo de Pedro Rodríguez. Lola «la armó», y de verdad. Se metió a la

gente en el bolsillo, se hizo dueña de la situación. ¡Con qué gracia!

—Hay que sacar dinerito para esas niñas pobres, señores... ¿Quiéren ustedes que yo subaste uno de mis zapatos, por ejemplo?

Alguien gritó que uno sólo no valía, que tenían que ser los dos...

—¡Pues vamos allá con los dos!

Y con un zapato en cada mano, empezó a dirigir la subasta.

—Tu mujer es genial, no hay otra palabra para ella —dijo Luis Quintanilla a Antonio González.

Los señores pujaban desde sus mesas. «¡Mil...! ¡Mil quinientas...! ¡Dos mil pesetas...!»

—¿No hay quien dé más? —preguntaba Lola—. ¿No hay quien dé más?

—¡Tres mil!

—Tres mil a la una... Tres mil a las dos... Tres mil a las...

Adjudicados. Tres mil pesetas para los zapatos blancos de Lola Flores. No está mal. Y bonita subasta, si señor.

—¡Lo que no consiga esta Lola! Luego hizo subir a la pista a Carmen Sevilla, a Antonio, a Emma Penella, a Marujita Díaz, a Rosita Segovia... Bailaron unas sevillanas de antología. Más —¡cuántos!— aplausos. Después de esto, «twist». Las mesas se quedaron vacías. En la pista no cabía ni un alfiler.

El brindis que no le hicieron a Abbe Lane

Y al día siguiente, toros en Toledo. La plaza toledana resplandecía de gente y de sol. Luis Miguel y Domingo Ortega seguían atentísimos el curso de la lidia. Stewart Granger, en barrera, servía de blanco a los fotógrafos. Se ha aficionado de verdad a nuestra fiesta. También en barrera, un matrimonio famoso: Abbe Lane y Xavier Cugat. Voy a contarles lo que sucedió con ella, porque tiene auténtica gracia: a la hora de brindar su segundo toro, César Girón se dirigió resuelto hacia la cantante. Como ocurre siempre, la gente empezó a levantarse de sus sitios para poder mirar mejor quién iba a recibir el brindis. César se plantó ante Abbe Lane. Ella se puso en pie, sonriente. Pero resulta, señores, que la montera del diestro venezolano no fue dirigida a la artista, sino a un desconocido sentado cinco filas más arriba... Hubo murmullos y agitación en toda la plaza. Y —vamos a decirlo— un poco de decepción también. ¡Estaba tan despampanante la Lane esperando el brindis, con su vestido verde, con su moño color caoba, con sus gafas de sol! Menos mal que todo tiene, casi siempre, arreglo. Y lo primero que hizo Girón al terminar su bonita faena, fue cruzar el ruedo para ofrecer a la famosa las dos orejas que le habían concedido.

NATALIA FIGUEROA